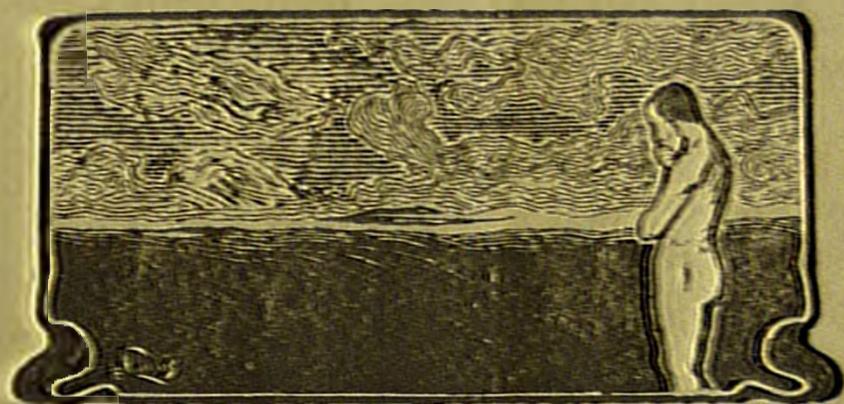


FUTURO

REVISTA MENSUAL ♦ ♦ ♦ ♦ ♦ ♦ ♦ ♦ ♦ ♦

♦ ♦ ♦ DE CIENCIA, SOCIOLOGIA Y LETRAS



SUMARIO

Un cuento para aguinaldo, POR ANATOLIO FRANCE.—Las mentiras sociales en el teatro de Ibsen, POR FÉLIX MOMIGLIANO.—El progreso moderno (*Una sociedad anónima de ideas*), POR MANUEL UGARTE.—El «dilettantismo» social y la filosofía del «Superhombre», POR JULIO R. BARCOS.—Nihil (*versos*), POR IT. EDUARDO PEROTTI.—Almas de guerra, POR OTAVIO MIRBEAU.—Gozar la vida, POR PELLICO.—Sociología, POR FELISBELO DE AZEVEDO.—Letras de todas partes, POR FRANCESCO DAMONTE.—El fin del Eterno, POR JUAN MAS Y PL.—Bibliografía, POR E. BIANCHI Y J. R. BARCOS.

Para el 15 de Abril aparecerá

“EMILIO ZOLA”

por PEDRO GORI

(Traducción de Edmundo Bianchi)

Primer opúsculo de la Biblioteca de FUTURO.

En este folleto, que es una copia estenográfica de una conferencia dada en Italia, su autor reúne, con el estilo claro y brillantísimo que todos conocemos, y con gran altura de pensamiento, la obra literaria, crítica y sociológica,—luminosamente destructora,—del más revolucionario de los literatos modernos: el autor de VERDAD y TRABAJO.

Este folleto constará de 32 páginas, con elegantes cubiertas de color, papel satinado é impresión esmerada. Se venderá al precio de **5 centésimos**. A los agentes y corresponsales que lleven paquetes desde 50 ejemplares, el 35 % de descuento.

Rogamos que se nos hagan desde ya los pedidos para la regulación del tiraje.

NOTA—Los agentes y corresponsales que no tengan cuentas con esta administración ó con nuestra agencia general en la Argentina, deberán enviar, con los pedidos, el importe correspondiente.

BIBLIOTECA DE “FUTURO”

Desde el próximo mes de Abril, esta revista editará periódicamente un opúsculo literario, científico ó sociológico, escrupulosamente vertido al castellano. Todos los folletos tendrán el mismo formato, á fin de que se puedan encuadernar y formar, á su debido tiempo, diversos tomos de trabajos literarios, científicos, artísticos y sociológicos, todos escogidos. Supérfluo es decir que todos los temas que tratarán los folletos de nuestra Biblioteca, estarán dentro de la orientación intelectual que lleva esta revista.

De la ayuda que nuestros amigos, compañeros de ideas, y de todos aquellos, manuales é intelectuales, que vean con simpatía nuestra obra, esperamos el éxito de nuestra biblioteca.

FUTURO

MONTEVIDEO

FEBRERO-MARZO DE 1905

REVISTA MENSUAL

DE CIENCIA, SOCIOLOGIA Y LETRAS

Año 1—Núm. 7

Director: Edmundo Bianchi

Oficinas: Cámaras, 227

Importante

Advertimos á nuestros suscriptores que todos los agentes de "FUTURO" ocupan este puesto desinteresadamente, por el sólo amor de dar vida á la obra que hemos iniciado. Es necesario, pues, que ayuden á éstos á llenar su cometido, enviándoles lo más pronto posible el importe de las nuevas suscripciones y de las atrasadas.

Advertimos también que, por razones muy justificadas, nos veremos obligados á suspender el envío de la revista desde el próximo número, á todos los que hasta el 15 de Abril no hayan saldado sus cuentas con esta Administración.

A LOS AGENTES DE LA ARGENTINA y á los suscriptores del mismo país, advertimos que á causa de haber sido encarcelado nuestro agente general José Acquistapace, por el delito de amar mucho á la libertad y á la justicia, es necesario que desde hoy nuestros agentes y corresponsales de la Argentina se entiendan directamente con la Administración, calle Cámaras 227, Montevideo.

Un cuento para aguinaldo

Horteur, el fundador de *L'Etoile*, el director político y literario de la *Revue Nationale* y del *Nouveau Siécle Illustré*: Horteur, habiéndome recibido en su gabinete, me dice, desde el fondo de su sillón dictatorial:

—Mi buen Marteau, hacedme un cuento para mi número excepcional del *Nouveau Siécle*. Trescientas líneas, con ocasión de «año nuevo». Alguna cosa para gente distinguida, con perfume de aristocracia.

Respondí á Horteur que, para cosas así, yo no servía, pero que un cuento haría de muy buena gana.

—Yo quisiera—me dijo—que se titulara: *Cuento para los ricos*.

—Yo, en vez, quisiera que fuese: *Cuento para los pobres*.

—Bueno, es lo que yo quiero. Un cuento que inspire á los ricos piedad para los pobres.

—Es que, precisamente, yo no quiero que los ricos tengan piedad de los pobres.

—¡Es curioso!

—No es curioso, sino científico. Yo creo que la piedad del rico hacia el pobre es injuriosa y contraria á la fraternidad humana. Si usted quiere que yo hable á los ricos, les diré: «Ahorrad vuestra piedad hacia los po-

bres: no tienen necesidad de ella. ¿Por qué piedad y no justicia? Vosotros sois deudores de ellos. Arreglad vuestras cuentas. Esta no es una cuestión de sentimiento. Es asunto económico. Si aquello que vosotros graciosamente le dais es para prolongar su pobreza y vuestra riqueza, este don es inicuo, y las lágrimas con que vosotros acompañaréis á la dádiva, no la harán equitativa.

«Hay que restituir», como dijo el procurador al juez después del sermón del buen Hermano Maillard. Vosotros hacéis la limosna para no restituir. Vosotros dais poco para guardar mucho, y luego os felicitáis. Así el tirano de Samos lanza su anillo al mar. Pero la Nêmesis de los dioses no quiere recibir esta ofrenda: un pescador devuelve al tirano su anillo, en el vientre de un pez, y Polícrates fué despojado de todas sus riquezas».

—Usted bromea.

—Yo no bromeo. Yo quiero hacer comprender á los ricos que ellos son bienhechores con rebaja y generosos á buena cuenta; que ellos no hacen más que contentar al acreedor, y que no es así que se hacen los negocios. Es ésta una advertencia que les puede ser muy útil.

—¡Y usted quiere colocar semejantes ideas

en el *Nouveau Siècle*, para hundirlo! ¡Nada de eso, mi amigo, nada de eso!

—¿Por qué quiere usted que el rico obre con el miserable de otro modo que con los poderosos? Se le paga al deudor lo que se le debe, y si no se le debe, nada se le paga. Esto es la probidad. Si se es probo, que se haga lo mismo con los pobres. Y no diga usted que los ricos nada les deben á los pobres; yo no creo que un solo rico piense eso. Sólo sobre la cantidad adeudada tienen incertidumbre, y lo peor de todo es que no se apresuran en salir de esa incertidumbre. Prefieren más bien quedar en la duda. Se sabe que se debe. No se sabe, empero, cuánto se debe, y, de tiempo en tiempo, se da algo á cuenta. Esto se llama filantropía y esto es lo conveniente.

—Pero lo que usted dice no tiene sentido común, mi querido colaborador! Yo soy quizás más socialista que usted. Pero yo soy práctico. Suprimir un sufrimiento, prolongar una existencia, reparar una pequeña parte de las injusticias sociales, esto es un resultado. Lo poco de bien que se hace, está hecho. No será todo, pero es ya alguna cosa. Si el pequeño cuento que os pido, entenece á un centenar de mis ricos suscriptores y los dispone á dar, ya habrá ganado algo sobre el mal y sobre el sufrimiento. Y es así cómo se hace soportable, poco á poco, la condición de los pobres.

—¿Es bueno que la condición de los pobres sea soportable? La pobreza es indispensable á la riqueza, la riqueza es indispensable á la pobreza. Estos dos males se engendran el uno al otro, y el uno al otro se sostienen. Lo que hay que hacer, no es mejorar la condición de los pobres; es necesario suprimirla. Yo no induciré á los ricos á que hagan limosna, porque su limosna está emponzoñada, porque ella hace bien á quien la da y hace mal á quien la recibe, y porque, en fin, siendo la riqueza en sí misma dura y cruel, no es necesario que ella se revista con la engañadora apariencia de la dulzura. Ya que usted quiere que yo haga un cuento para los ricos, les diré: «Vuestros pobres son vuestros perros, que alimentáis para morder. Los socorridos sirven á los ricos de jauría, para ladrar á los proletarios. Los ricos no dan más que á los que piden. Los trabajadores nada piden. Y nada reciben.

—Pero los huérfanos, los enfermos, los viejos?...

—Ellos tienen el derecho de vivir. Para éstos yo nunca excitaría la piedad, sino que invocaría el derecho.

—¡Todo esto no es más que teoría! Volvamos á la realidad. Usted me hará un pequeño cuento en ocasión de año nuevo y pondrá en él un poco de socialismo. El socialismo es muy de moda. Es elegante. Yo no me refiero, bien entendido, al socialismo de Guesde ni al de Jaurés, sino al buen socialismo que las gentes de mundo oponen con *esprit* al

colectivismo. Póngame en el cuento figuras jóvenes. El será ilustrado y es bueno que los grabados representen imágenes graciosas. Ponga en escena una muchacha, una hermosa muchacha. Esto no es difícil.

—No, no es difícil.

—¿No podría también introducir en el cuento á un pequeño deshollinador? Tengo una ilustración hecha, un grabado en colores que representará una hermosa jovencita dando limosna á un pequeño deshollinador sobre las gradas de la Magdalena. Sería una buena ocasión para emplearlo. Hace frío, nieva: la bella señorita hace la caridad al pequeño deshollinador... ¿Ve usted el efecto de todo esto?...

—Ya veo.

—Usted bordará algo sobre este tema.

—Bordaré. El pequeño deshollinador, transportado de agradecimiento, se echa al cuello de la hermosa niña, que resultará ser la propia hija del señor conde de Linotte. Le da un beso é imprime sobre la mejilla de la muchacha una pequeña O de hollín, una pequeña O hermosa, bien redonda y bien negra. El la ama. Edmée (ella se llamará Edmée) no es insensible á un sentimiento tan sincero é ingenuo... Me parece que la idea es bastante sugestiva.

—Sí... podría usted hacer alguna cosa.

—Usted me alienta para continuar... Entrando en su suntuosa habitación del boulevard Malesherbes, Edmée siente, por primera vez, repugnancia á lavarse: quisiera guardar sobre su mejilla la huella de los labios que allí se posaron. Entretanto, el pequeño deshollinador, que la siguió hasta su puerta, se queda extático mirando las ventanas de la adorable jovencita... ¿Va bien?

—Pero, sí...

—Prosigo. A la mañana siguiente, Edmée, acostada en su cama blanca, ve al pequeño deshollinador salir de la chimenea de su cuarto. El se echa ingenuamente sobre la deliciosa niña y la cubre de pequeñas O de hollín, bien redondas y negras. Me he olvidado de decirle que él es de una maravillosa belleza. La condesa de Linotte los sorprende en este dulce trabajo y grita, llama... El está tan ocupado que ni la ve ni la oye.

—Mi querido Marteau...

—El está tan ocupado que ni la oye ni la ve. Llega el conde. Este tiene el alma de gentilhomme. Toma al pequeño deshollinador por los fundillos, que precisamente se presentan ante sus ojos, y lo arroja por la ventana.

—Mi querido Marteau...

—Abrevio... Nueve meses después el pequeño deshollinador se casa con la noble jovencita. Y va era tiempo. He aquí las consecuencias de una caridad bien colocada!

—Mi querido Marteau...

—Ya acabo. Habiendo casado la señorita de Linotte, el pequeño deshollinador se convierte en conde de Pape y se arruina en las

carreras. El es hoy día fumista en la calle de la Gaité, en Montparnasse. Su mujer atiende el negocio y vende salamandras á 18 francos, pagables en ocho meses.

— Mi querido Marteau, esto no es delicado, bello...

— Cuidado, mi querido Horteur! Lo que yo os acabo de contar es, en el fondo, *La caída de un ángel*, de Lamartine, y la *Eloa*, de Alfredo de Vigny. Y al fin y al cabo, esto vale más que nuestras pequeñas historias lagrimeantes, que hacen creer á las gentes que ellas son muy buenas cuando no son nada buenas, que hacen bien mientras ellas

no hacen bien, que les es fácil ser bienhechoras cuando el serlo es la cosa más difícil del mundo. Mi cuento es moral. Además, es optimista y acaba bien, pues Edmée encuentra en su tienda de la calle de la Gaité, la felicidad que habría buscado en vano en las diversiones y en las fiestas, si ella hubiera casado con un diplomático ó un oficial... Mi querido director, respondedme: ¿me tomáis para *Le Nouveau Siécle Illustré*, Edmée ó la caridad bien colocada?...

ANATOLIO FRANCE.

(*Le Journal*).

Las mentiras sociales

en el teatro de Ibsen

Tres grandes autores resumen en sus escritos las múltiples tendencias que se agitan caóticamente en nuestro período desgarrado por tantos contrastes: Nietzsche, Tolstoy é Ibsen.

¡Cuán diversos los tres! Y sin embargo, se concilian en un mismo deseo: destrucción de la civilización moderna.

Los tres, partiendo de diversos caminos, combaten formidablemente y se esfuerzan por resquebrajar los fundamentos de nuestra sociedad. El que ha dado golpes más sonoros, más violentos, aunque no siempre bien dirigidos, es el autor de *Zarathustra*. Ninguno como Nietzsche, en nombre de un darwinismo estético, se mostró tan constante, impávido negador é incansable demoleedor de las últimas afirmaciones del cristianismo: la democracia y el sentimiento de igualdad.

La frase de Voltaire: «*écrivons l'infâme*», es su divisa. Su ética, resonante continuamente con su *leit-motif*: «*sed duros y despiadados*», es la de los tigres; el espíritu de Senacheribb, ó de Tamerlan, ó de Napoleón — dirían los que creen en la metempsícosis — se había encarnado en aquel filósofo, que escribía: «*Más allá del bien y del mal humano, el derecho del yo, del querer poder (wille zur macht) manifestarse, impouerse, es su obsesión*».

Pero cada tesis tiene su antítesis: la antítesis de Nietzsche es Tolstoy. Al triunfo del yo, la negación del yo.

La musa de Tolstoy es la misma que inspiró á Jesucristo su sermón de la Montaña. El autor de *Guerra y Paz* rechaza la metafísica y la estética del cristianismo, y no acepta más que su moral, purificándola. Su Cristo no es aquel que, enojado contra las ciudades culpables, fulmina los fariseos y cruza á latigazos la cara de los mercaderes del Templo; es el Cristo de la buena gente, humilde, paciente, que enseña la piedad y el amor y recomienda el sacrificio.

Tolstoy, con la intención de desarraigar del corazón humano el orgullo y la violencia, seca todas las fuentes de la fuerza y de la grandeza de ánimo, niega toda superioridad; para él no existen grandes hombres; éstos no son más que las etiquetas de la historia. Al culto de los héroes él sustituye el culto de los humildes.

Ibsen, en cierta medida, concilia la tendencia tolstoyana con la nietzscheana, aúñ acercándose más á Nietzsche que á Tolstoy; pero su individualismo esquivo las salvajes prepotencias del primero y no se opone á la idea social del segundo. El ruso y el tudesco son muy asiáticos, es decir, desmesurados; Ibsen es más occidental, más equilibrado; sus tipos favoritos no toman aptitudes de déspotas ni de mártires, pero se revelan héroes que despedazan todo vínculo por amor de lo justo, de lo verdadero, de lo bello. Hay, en su teatro y en sus discursos, algo de puritanismo cristiano; su héroe solitario no es el hombre de Nietzsche, el cual presume lícito todo acto, ni tampoco el hombre exageradamente altruista de Tolstoy, que con el ejemplo enseña el deber de sacrificarse por todos; es el hombre fuerte que lleva en su pecho el imperativo categórico absoluto por el cual está pronto á derramar su sangre.

Pero la sociedad moderna de la belleza y de la libertad es la negación, porque la mentira apesta el mundo. El teatro de Ibsen es una protesta y una condena contra la sociedad actual.

Donde quiera la mentira salpica su veneno para contaminar la religión, la autoridad, la prensa, el matrimonio, la familia.

La religión es un pretexto para engañar al pueblo.

— Toma la linterna de Diógenes, Basilio — dice uno de los personajes de *Emperador y Galileo*, — ilumina esta noche tenebrosa: ¿dónde está el Cristianismo?

— Lo tenemos en el bolsillo — responde el

coro de los ministros del culto, que Ibsen señala al desprecio de los honrados.

Aquellos se aferran alrededor de la autoridad que los mantiene, porque sirven de perros guardianes de sus cajas fuertes; el pastor Menders, de *Espectros*, declara que es deber del sacerdote tener en consideración las opiniones de los poderosos. La religión para ellos no es un apostolado, sino un oficio, un comercio.

—Es necesario poscer un alma,—dice Brand; y aquellos negociantes de gracias divinas no tienen más que apetitos para el bienestar material. Su credo es la mentira, como mentira es el credo social de los políticos y de los capitalistas.

—¿No es acaso deber del ciudadano—dice Stokman—participar al público las nuevas ideas?... —El público—responde entusiásticamente el prefecto—no tiene necesidad de ideas nuevas. Es mucho mejor para él que se contente con las buenas ideas viejas que ya conoce.

Quien osa hacer oír una voz libre entre el coro de mentiras con que se engaña á la multitud, es el *enemigo del pueblo*. La muchedumbre engañada se inclina ante los capitalistas, de cuyo gesto dependen la fuerza pública que oprime los cuerpos, la prensa que corrompe las conciencias.

Oíd el razonamiento de Ostaken, en *La unión de los jóvenes*: «El gran público hace vivir á los diarios; pero el gran público es el mal público; démosle entonces malos diarios».

La prensa dicta cátedra de inconsciencia, de ligereza, de servilismo. Petra Stockmann rehusa traducir para *El Diario del Pueblo* una novela inglesa, porque reconoce que es falsa. «No es cierto que en la vida real—dice ella al redactor—los buenos sean aquí abajo protegidos por la Providencia y los malos sean castigados». «¿Qué importa?—él responde.—Se necesita que en la planta baja del diario los lectores encuentren una falsa historieta, toda moral, para que estén mejor dispuestos á digerir las canalladas que se escriben más arriba».

La familia es el término medio de infección que comunica la corrupción del individuo á la sociedad. El matrimonio no sella la afinidad de dos cuerpos y de dos almas, pero sí la conveniencia de dos capitales. La mujer, constreñida á considerar el matrimonio como único refugio, lo acepta de cualquier modo; las bodas son verdaderos sacrificios humanos, en los cuales se pisotean los derechos del cuerpo y los derechos del alma. La prostituta puede rehusar el abrazo del hombre que le repugna, pero no puede hacer esto la mujer que ha sido vendida, atada con un nudo irrompible, á un hombre indigno de ella.

¿Qué gérmenes pueden brotar de semejantes monstruosos acoplamientos? Las nuevas generaciones, gastadas hasta lo más íntimo de sus fibras, expían las culpas de sus padres, como el Oswald de *Los espectros*.

El cuadro es sombrío, y pondría de mal humor hasta al doctor Paugloss.

Pero Ibsen, soberbio héroe de la energía, no se envilece en un ascetismo asiático, ni enseña la inutilidad de la acción; su obra es una *laboremus* formidable, que entusiasma para la acción. A los decrepitos, impotentes y malvados representantes de la sociedad condenada, Ibsen contrapone los jóvenes audaces, iluminados, independientes campeones de la moral nueva, los cuales, como los hebreos de que habla Nehemia, tienen en una mano la espada para batallar, y en la otra llevan piedras para reconstruir el templo.

El autor de *Brand* no es un pesimista; para él la humanidad está enferma, pero puede curarse, si cada uno, como Rosmer, como Brand, siente la voluntad de sacrificarlo todo, hasta la vida, ante el deber.

Pereat mundus, pero triunfe la verdad y la justicia. La idea fundamental de *El pato silvestre* se puede resumir en el siguiente aforismo: «Vale más destruir la felicidad, que dejarla subsistir en la mentira». Para Ibsen, como para Rousseau, la naturaleza no es madrastra; favorece á quien la comprende y castiga á quien la viola. En vez de prostrarse ante el cielo para mendigar, elévese el hombre, orgulloso conquistador de la tierra.

Mudemos la sociedad, pero comencemos á mudar al individuo. Ibsen no es un iconoclasta impulsivo y pasional; la razón guía sus golpes. El, aunque lanzándose contra la familia, tal cual está hoy constituida, no señala la vuelta á la promiscuidad sexual, pero vislumbra la familia renovada, fundada sobre la igualdad de los sexos. A hombre libre, mujer libre. Ved á la suave y serena mujer de Brand, es la mujer del porvenir.

«El viento es gélido y áspero—dice Brand—y hace desaparecer los colores de tu rostro y enfría tu alma delicada. ¡Triste casa la nuestra! Avalanchas y tempestades se enfurecen en torno nuestro. Te había advertido que el camino era salvaje!».

«Tú me has engañado—responde la mujer de Brand, sonriendo—no es verdad». Y muere esperando y atendiendo la aurora; tierna y fuerte hasta la hora extrema, contenta de cuanto la vida le ha dado, y de cuanto le ha quitado. Son fascinadoras estas criaturas fuertes, inteligentes; libres, por virtud de coherencia y de mente libre de todo prejuicio, del acostumbrado misonéismo de su sexo; que luchan al lado del hombre para conducir la humanidad hasta las cimas de la razón.

Nora, esposa y madre, prefiere abandonar la *casa de muñeca*, antes que comprimir su personalidad anhelante de libre y cumplido desarrollo.

La unión libre de dos corazones, que puede romperse y que subsiste, á pesar de eso, por años, es la prueba más convincente de un verdadero amor.

«Una promesa voluntaria es mucho más

fuerte que un acta de notario—dice Ellida, la dama del mar.

No queremos, por ahora, discutir el teatro de Ibsen como valor artístico; como exposición de las tendencias del tiempo, es un documento de máxima importancia.

No es alegre, se entiende. La trágica catástrofe que aniquila la mayoría de los héroes ibsenianos, se explica con la ineptitud para vivir de aquella gente en nuestra civilización. La niegan y son sus víctimas. La edad presente que presenta contrastes tan desgarradores, lleva consigo una herida irremediable por ahora: la diferencia entre lo que somos y lo que pensamos. ¿Jamás os habéis fijado en la serena paz que irradia de los pocos héroes que vivieron su propio pensamiento? Pero éstos se apartan del mundo; la humana civilización democrática industrial impide este refugio. Entretanto, sentimos que la moral pasada se ha derrumbado ante los asaltos de la razón: la nueva moral alborea, pero todavía sus rayos no han triunfado de la espesa neblina. Por tanto, queda aún un motivo de malestar, tanto más fuerte cuanto los espíritus que lo sienten, más críticos son, y que con asco y todo, vense obligados á acatar una moral provisoria que su mente condena.

Para refrescarnos con un baño de fuerza, recurramos á los dramas de Ibsen, cuya lectura yo creo que será una obra de higienización moral.

El progreso moderno

Una sociedad anónima de ideas

Subvencionada por varios gobiernos, y apoyada por personalidades opulentas y bien pensantes, asoma, bajo el título de estas líneas, una gran sociedad internacional destinada á hacer sentir su acción tanto en América como en Europa.

He aquí los estatutos:

Artículo 1.º La *Sociedad Anónima de Ideas* tiene por objeto proporcionar á los señores socios que la constituyen, las ideas necesarias para la existencia y velar por la mejor conservación de las que circulan.

Art. 2.º La sociedad tendrá un anexo donde se repararán las ideas gastadas y se pondrán tacos y medias suelas á las que estén fuera de uso.

Art. 3.º Sólo podrán circular aquellas ideas que no estuvieran prohibidas por la ley y que autorice la Junta Directiva.

Art. 4.º Para facilitar las operaciones se dividen las ideas en dos clases: las *hereditarias* y las *oficiales*.

Las primeras son aquellas que tienen prestigio tradicional y que son aceptadas por to-

dos. Las segundas son las que vienen garantizadas por la autoridad competente.

Art. 5.º Serán toleradas las ideas personales, á condición de que no se diferencien en nada de las corrientes.

Art. 6.º La sociedad se reserva el derecho de transformarse en *trust* si se presenta una ocasión favorable.

Art. 7.º De los gastos é ingresos se hará un balance al fin de cada mes y, si queda un sobrante de ideas, será para los pobres.

Art. 8.º Se abrirá un registro general donde se inscribirán las ideas por orden alfabético.

Art. 9.º La sociedad tendrá á la disposición de los señores autores y periodistas un depósito de ideas esterilizadas.

Art. 10. Con el fin de salvaguardar las tradiciones de cada país, queda prohibida la importación y la exportación de ideas.

FÉLIX MOMIGLIANO.

Por la copia:

MANUEL UGARTE.

París, 1905.

El "dilettantismo" social

y la filosofía del "Superhombre"

Un trabajo hermosísimo y muy digno de comentarios es el libro que, encabezado con el título que antecede, acaba de publicar el doctor Georges Palante, de París.

Con bellezas de estilo y de conceptos su autor ha abordado á la vez con ilustradísimo y sereno criterio uno de los problemas más interesantes de la moral social—el que se refiere á la actitud del individuo frente á la sociedad.

La cuestión ha sido planteada en esta forma: «¿Cuál es en el fondo la naturaleza y el valor de la sociedad?»

«¿La sociedad es buena ó mala, tiene ó no un derecho á la existencia, anterior y superior al derecho de los individuos?»

Los partidarios del «Dogmatismo» social se apresurarian á contestar afirmativamente la segunda proposición. Estos, han dado en erigir á la Sociedad en entidad *distinta* de los individuos y *superior* á ellos.

No vacilan en afirmar que ella tiene sus leyes propias distintas de las que rigen las existencias individuales; y que tiene de igual modo sus fines propios á los cuales deben sacrificarse sin consideraciones, sin escrúpulos, los fines efímeros del individuo.

Frente á esta idea dogmática y en contraposición á ella, es que surge la moral del «superhombre», esbozada paradójicamente por Nietzsche, la cual en cambio niega vigorosamente el *derecho* y la *superioridad* de la Sociedad, sobre el *derecho* y la *superioridad* del individuo.

Bastantes veces ha servido, la concepción primera, de especulaciones logreras á todas las autocracias del Estado, en complicidad y sindicato con las teocracias de la Religión.

La Sociedad, organismo sagrado comparada á Dios, gravita sobre las existencias individuales como un poder omnímodo, misterioso y fatal, como una especie de Divinidad, que sojuzga al individuo, mide sus fuerzas, su conducta, sus deberes á la vez que le determina sus responsabilidades.

Los sentimientos, las ideas y las obligaciones que la teología explica por las relaciones del individuo con Dios, la sociología las explica por la relación del individuo con la sociedad.

Como protesta á este «Dogmatismo» social, aparentemente real y optimista, surge la concepción diametralmente opuesta de Nietzsche, á la que por antítesis, el señor Palante (no sé hasta qué punto con razón) designa bajo el nombre de «Nihilismo Social».

El *Yo* siempre activo y potente de Nietzsche, no puede soportar bajo ningún pretexto el triste renunciamento de la *robusta individualidad*, la que en su filosofía del «Superhombre» procura exaltar bajo la forma de orgullo caballeresco en el hombre.

Hay otras cosas hasta cierto punto fundamentales en la filosofía de Nietzsche, que el señor Palante ha pasado por alto ó encarado poco sutilmente.

La *Libertad* y la *Igualdad*, por ejemplo, son cosas diferentes según Nietzsche, y que no pueden marchar por un mismo camino.

La primera, debiendo tolerar la multiplicidad de voluntades que constituyen todas las luchas de los seres, es *diferenciación*, mientras que la segunda es homogeneidad.

En tanto que la una tiende á enaltecer la raza por la producción del Genio, la otra tiende á crear la gente de pacotilla, los hombres de munición, adocenados, la carne de rebaño y de cañón. Así es como asaltan el poder verdaderas nulidades, dignos representantes de las mediocridades colectivas.

Nietzsche como Ibsen, Carlyle, Quinet, Emerson y Ruskin, y antes que ellos Fischer, Stirner y Feerbach, observaron que si bien la obra de toda revolución es destructora é igualitaria, esto no es más que transitorio.

El acto de derrocar ó destruir el viejo edificio social no responde sino á la necesidad de construir, reedificar. Pero estas reconstrucciones mismas son producto siempre de gradaciones, de autoridad y subordinación, es decir, de desigualdad.

En síntesis: toda construcción es siempre el fruto de una organización. Cosa que la igualdad no consiente puesto que ella es nivelación perpetua, derriba todo lo que sobresa.

La diferencia entre el «Dogmatismo» y el «Nihilismo social» está, pues, en que, mientras aquél mira á la sociedad como una entidad real; éste, partiendo de una base más positiva y experimental del *yo*, como *única* y *primera* cosa real, (observando, que la sociedad, los semejantes pueden ser mirados como una simple ilusión ó por lo menos como cosa hipotética), niega la existencia de ésta, y por consiguiente su pretendido *derecho* sobre el *yo individual*; sobre el «Yo» «Único». La sociedad, bajo este concepto, no existe, sino se la considera como una abstracción; existen solamente los individuos.

«En lugar de esa mitología social que divinizaba la sociedad, nos encontramos en presencia de una concepción social menos

monádica, que sólo ve individuos evolucionando según la ley de su organismo personal.

Emerson, al formularse contra esta misma concepción dogmática, lo dijo muy claramente: «La sociedad conspira contra la virilidad de cada uno de sus miembros. La sociedad viene á ser algo así como una «compañía por acciones», cuyos individuos se conciertan—para el mayor bien de la totalidad—á fin de sacrificar la libertad y el exceso de educación de cada uno. La virtud allí más solicitada es la *Conformidad*». *No estar conforme, éste es el mayor crimen*—decía Baudelaire. Y en efecto, mirase con negra aversión á los que confían en sí propios. *No son las realidades*, los creadores lo que allí se estima, sino las reputaciones y las costumbres. Por eso Emerson aconseja: «El que aspire á ser un hombre debe ser un *no conformista*».

¿Tiene, pues, su razón de ser este nominalismo social pesimista?

Bastaría examinar la historia. «¡Cuántos atentados cometidos contra el individuo en nombre de esa entidad tiránica: la *Sociedad!*» «¡Cuántas supersticiones, cuántas mentiras, conservadas á sabiendas en el cuerpo social para engañar al individuo y hacerle servir á los fines de la colectividad!»

Al dejar así afirmada la antinomia de estas dos tendencias, el señor Palante hace un bello juicio psicológico de lo que ha dado en denominarse el «dilettantismo» social y la filosofía nietzschiana del «Superhombre». La diferencia principal entre estas dos concepciones, las ha establecido concisamente nuestro disertante; mientras el «Dilettantismo» es una protesta antisocial en nombre del instinto de la belleza, la filosofía del «superhombre» es una protesta antisocial en nom-

bre del instinto de la Grandeza ó «Voluntad de Potencia».

Identificando el sentimiento de la belleza y el de la vida, cual lo ha hecho Guyau, se nota en seguida lo inestético de estos «dogmatismos» sociales.

El «dilettantismo», cual benéfica reacción contra esta mísera comprensión de la vida, procura encontrar bajo los formalismos dogmáticos y las pedagogías pedantes, estrechas, la espontaneidad de las energías vitales, las cuales en su más libre función tienden á ser fuerzas autónomas, creadoras por sí mismas de la vida y la acción.

Pero el «dilettantismo» social es una actitud provisoria. El instinto mismo de la belleza es incompleto sin el de la grandeza.

Y á las teorías de Nietzsche les falta además una cosa indispensable, esencialmente humana y que es como el supremo revelador del secreto de la vida: el amor.

Por esto esencialmente y no por otra cosa como opina el autor del trabajo, es por lo que el «dilettantismo» social parece condenado á ceder su sitio á una filosofía más profunda, á la filosofía de la fuerza capaz de abarcar y domar la realidad.

El yo libre lanzado con incontrastable energía hacia horizontes más amplios de vida intensa, de poder y alegría; Zarathoustra, el ferviente adorador de las grandezas ideales de la vida, he aquí el símil paradójico y práctico de la filosofía del «superhombre» cuyo pedestal granítico elaborado por la profunda y sólida teoría filosófica de Stirner, sirven en conjunto complementadas por su Verdad y Poesía de bases incontrovertibles á la ciencia del «individualismo» social.

JULIO R. BARCOS.

Nihil.

A Edmundo Bianchi, fraternalmente

Ce que je raconte ici, c'est l'histoire des deux siècles qui vont venir, je dirais ce qui va venir, ce qui ne saurait plus venir autrement: la mort du nihilisme.

FREDÉRIC NIETZSCHE.

Esa voz intraducible que en el crepúsculo suena, y todo el espacio abarca y en su amplitud lo llena, pronuncia el abracadabra de lo que ha de venir; las ignaras muchedumbres han percibido el conjuro, y su paso tardo apremian en la senda del futuro mientras sus labios blasfemos aprenden á bendecir.

En la noche de sus vidas está en génesis la aurora, en el yermo de sus almas el ideal florece ahora, y sus músculos exhaustos adquieren nuevo vigor; es que la raza despierta á un mundo regenerado, es que el cerebro ha vencido, es que el brazo ha triunfado, es que la Dicha se hermana con los hijos del Dolor.

La gleba hasta ayer estéril un sol propicio fecunda y cual tentáculo, en ella, clava su raíz profunda el árbol de opimos frutos que siglos tardó en crecer, el humano esfuerzo logra verse por fin satisfecho, y es el júbilo tan grande que se extravasa del pecho, y en gotas de llanto sube los ojos á humedecer.

Prosigue la muchedumbre la jornada decisiva hacia la meta distante, cuya extraña perspectiva se dibuja sobre un fondo límpido, glauco y azul; nada el pasado recuerda, ni el antiguo mundo evoca, pues que luchando las turbas á impulsos de un ansia loca,—antípodas de sí mismos,—los pusieron á rebours.

No más dioses, no más leyes; el imperio de la Nada, sobre el suelo conquistado palmo á palmo en la cruzada, derrama los beneficios de su cosecha sin par; y libre de ligaduras, exenta de privaciones, en su plétera la Vida tiene mágicas ficciones y aunque temprana se agoste la valoran secular.

IT. EDUARDO PEROTTI.

Almas de guerra

La última semana, el azar me hizo viajar un día entero con el conde de C., viejo coronel de dragones. Lo que se llama un hombre agradable. Un liberal, naturalmente, y, lo que en su medio es menos raro de lo que se pudiera creer, un pensador. A mí me agradan los pensadores, piensen lo que piensen. Establecieron en seguida entre nosotros relaciones muy cordiales y confianza mutua. Yo atribuyo este dichoso acontecimiento al carácter franco del coronel y, sobre todo, á esto: en el momento en que él subía al vagón vió que yo tenía entre manos un número de la *Libre Parole* y que tenía en reserva, sobre el asiento, *L'Intransigent* y *La Patrie*. Comprendió él, sin duda, que se las tenía que haber con un liberal de buena estofa. Me sonrió. Entre liberales las cosas se arreglan siempre con la mayor galantería del mundo.

Hablamos de la guerra ruso-japonesa. Aun cuando él fuera rusómano hasta el exceso y que deseara con apasionamiento el triunfo de nuestros buenos aliados, no aprobaba en absoluto esta guerra. Y no la aprobaba porque no podía comprenderla, á lo menos en cuanto á sus orígenes.

—¡La Manchuria! ¡La Manchuria!... gritó. ¿Qué es eso?... ¡Cuando ellos tienen para entretenerse tantos judíos, tantos socialistas, tantos poloneses!... Quizá usted me tome por un revolucionario... Pero, verdaderamente, estas guerras entre naciones extranjeras me disgustan un poco... La mayor parte de las veces las causas son tan complicadas y á veces tan desconocidas, que no se sabe jamás por qué se combate... Y el placer de batirse ha disminuído seriamente... Cierto que yo, en otro tiempo, no preguntaba tanto ni inquiría causas. Bastaba batirse contra alguien, no importa por qué, y esto me bastaba. Estaba contento... En esto usted reconocerá —¿no es cierto?— la bella generosidad, el hermoso ardor, la espléndida imprevisión de la juventud... ¡Ah, la juventud!

Sonrióse á sí mismo. Sonrióle á su casco, á la crin flotante de su casco, á su espada roja de sangre... Después siguió:

—Luego envejecí, como todo el mundo... Yo he observado mucho... mucho he reflexionado. Mis ideas se han dirigido en un sentido más rigurosamente científico. Hoy día, lo que yo exijo, ante todo, de una guerra, es que sea clara... En una palabra: yo quiero saber por qué me bato... No sabiéndolo, es infinitamente doloroso; esto quita todo interés á conflictos que, mejor conocidos, serían probablemente muy interesantes.

—¡Ah, coronel! grité yo. ¡Usted es muy moderno!

—¡Sí, soy muy moderno! respondió no sin orgullo el bravo soldado... Yo estoy devorado por la enfermedad del siglo: la necesi-

dad de saber. El general Gonse, que tiene cultura, ha dicho de mí: «un ibseniano»!

Y continuó:

—Es porque, vea usted, yo no comprendo la guerra más que entre gentes del mismo país. Uno se conoce, ¡qué diablo! Se bate uno y se mata por la defensa de una prerrogativa, de un hábito; por la conquista de un derecho nuevo; por el mantenimiento de un derecho de clase... Esto es claro, esto es justo... Así yo admito—y no solamente admito, sino que reivindico como el más sagrado de los deberes, como una necesidad vital,—el derecho formal que tiene la sociedad de declarar la guerra—una guerra sin cuartel—á los que tratan de desorganizar el orden establecido: los huelguistas, por ejemplo. A este respecto yo opino completamente como Gallifet, —un moderno éste también,—que quisiera que el ejército se convirtiera en gendarmería puramente. Esto es evidente... He aquí el progreso... Y es esto uno de mis más fuertes agravios contra el gobierno actual, este gobierno innoble, este gobierno de puercos, de asesinos, de violadores de tumbas, de francmasones para decirlo todo;—y yo no hablo aquí de su abominable y sacrilega campaña contra nuestra santa Iglesia, que justificaría ella sola todas las masacres, todas las degollinas, todos los torpedos de los japoneses... No, yo hablo solamente de su encarnizamiento en hacer menos frecuentes los choques entre soldados y obreros revoltosos; de su criminal manía de ser árbitro pacífico—y no con golpes de sable y de fusil—de los conflictos que no cesan de producirse entre el capital y el trabajo... ¿Qué es la Francia hoy día? Es una inmensa huelga... un inmenso alboroto... Y ni siquiera el más pequeño fuego de pelotón... ni la menor sangría... ¡Nada! ¡Esto es disgustante!... Ha sido necesario que en Cluses hubiese bravos jóvenes, casi niños (1), que diesen ejemplo de coraje é hiciesen en pequeño lo que le corresponde hacer en grande á este estúpido gobierno!... Se dice que el trabajo es una cosa... ¡Entendido!... Una cosa de bemoles también... ¡Sea!... Pero el capital es otra cosa, ¡vive Dios!... Si de tiempo en tiempo no le aportáis su buena provisión de cadáveres; si no le dais seguridades de vez en cuando, acabará por acobardarse... Y cuando no tendrá más capital... ¡buenas noches al trabajo!... ¡Los proletarios estarán bien adelantados!

—Pero, coronel, ellos lo estarían todavía menos si los matarais á todos...

—¡Todos! grita el coronel, alzando sus glo-

(1) Alusión á los hijos del fabricante Crettiez, de Cluses, que desde las ventanas de una fábrica dispararon contra huelguistas pacíficos, matando é hiriendo á varias mujeres y niños.—N. de la R.

riosas espaldas... Siempre quedarán muchos... ¡Por demás quedarán!

Y continúa:

—Es como con los judíos... ó con los dreyfusistas! ¡Decir que hay un ejército, un gran ejército... que no hace un demonio de la mañana á la noche... y que no se le permite tomar á todas esas gentes y destriparlas á golpes de bayoneta!... ¿Y usted llama á esto un buen gobierno?... ¡Esto es insensato!

El coronel se volvía apoplético... Traté de calmarlo con razones apropiadas á su mentalidad.

—Tiene usted razón—me dijo... Yo me incomodo... me incomodo... Volvamos á la cuestión.

Y con una voz menos temblorosa de cólera, continuó:

—La guerra de 1870 me ha dejado buenos recuerdos... Siempre esta sagrada ignorancia... Y luego la derrota fué muy rápida... No hubo tiempo de divertirse... Por ejemplo, la Commune... yo puedo decir que allí he vivido los mejores días de mi vida de soldado... ¡Ah! tengo tantas historietas para contar... Es para retorcerse de risa.

Y, en efecto, durante algunos minutos se retorció.

—Escuche... Ahora me acuerdo. ¡Ah! es una cosa impagable!... Usted ha conocido á la Ballena... No, usted es muy joven... La Ballena fué una cocotte muy celebrada los últimos días del Imperio... ¿Por qué se la llamaba la Ballena?... Por mi honor... yo no lo he sabido jamás... Ella no era muy... muy hermosa... Pero tenía una gentileza... una fantasía, un espíritu endiablado...

do... Durante el sitio y durante la Commune ella se quedó en París, valientemente... Y después, sin duda, ella tuvo sus razones... El día que mi regimiento penetró en París,—yo era entonces capitán,—la primera persona que encontré fué la Ballena... La Ballena exaltada, alegre, que, en una victoria, arrojaba patrióticamente ramilletes á los oficiales... Ella me dijo: «Y bien, mi pequeño, es el buen Dios quien te envía... Ya que tú estás aquí, me vas á hacer un gran servicio, ¿eh?... Y luego haremos una gran fiesta... Ya verás!»... Todo lo que ella quería yo le prometí... Se trataba de desembarazarla de sus acreedores... Nada era más fácil en medio del espantoso y divertido desorden en que se encontraba entonces París... Ella me dió una lista de aquellas bravas gentes y sus direcciones... La mayor parte, por el miedo, se habían refugiado en el fondo de los sótanos... Eran bisutereros, costureros, prestamistas, muy poca cosa en realidad... Les dí caza con los soldados de mi compañía... Se les ató las muñecas, se les arrimó á la pared y ¡rrran!... Despaché á seis de este modo...

El coronel me golpea la espalda amistosamente y, con la cara rejuvenecida, agregó:

—Y á fe mía que encontré tan ingeniosa la idea de la Ballena, que yo hice otro tanto con los míos... ¡Rrrran!

Y concluyó:

—¡Esta sí que fué una guerra!... ¡Enhorabuena!...

OCTAVIO MIRBEAU.

(*L'Humanité*).

Gozar la Vida

Convengamos en que, para gozar la vida, es preciso amarla, y amarla con pasión, como un don sublime de la naturaleza, que no sólo es creadora de nuestra existencia, sino que á nosotros nos da la conciencia de la vida, la satisfacción de ser el producto más inteligente de la dinámica universal.

Convengamos también en que hasta ahora no hemos sabido, ni lo sabemos aún hoy, gozar la inmensa dicha de vivir, puesto que vivimos de la peor manera posible, pudiendo hacerlo muy feliz y bellamente.

Y convengamos, asimismo, en que esa manera de vivir no condice con nuestro intelecto, con la ciencia de la vida, que podemos poseer, y más ó menos acertadamente poseemos todos, por esa hermosa luz de la razón que tanto nos eleva sobre todos los seres.

Estamos, pues, en flagrante contradicción con nosotros mismos, contra la naturaleza, contra nuestra misma razón. Constituímos el más grande de los absurdos que somos ca-

paces de concebir, al punto de que si nuestra madre Naturaleza fuese posible de metamorfosearse en un ser consciente, que pudiera hablarnos, es segurísimo que nos diría:

—Os he dado un mundo repleto de elementos y de encantos para vivir y ser dichosos, y os arregláis de modo que parecéis desterrados de él, privados de todo goce, desesperados que sólo anhelan la muerte como único medio de liberación del sufrimiento!... ¿Para qué os sirve el luminoso faro que he puesto en vuestra frente, á fin de que os guiase siempre por la senda de la placentera vida?... ¡Sois unos imbéciles, indignos de la creación, puesto que trocáis los dones de ventura por instrumentos de vuestro propio tormento!... Todos los seres inferiores á vosotros, de mil maneras demuestran el goce de la vida que les anima; sólo vosotros os rebeláis contra vosotros mismos, haciéndoos víctimas de vuestra inconcebible estupidez!...

Probablemente se expresaría así Natura-

leza, avergonzándose de haber parido tales monstruos.

Se nos enseña teórica y prácticamente cómo puede vivirse bien; nosotros mismos fabricamos todas las cosas necesarias para ello; y, sin embargo, erre que erre, tercios en vivir cual topos.

Y, cosa rara; si á cada uno, al más infeliz, se le preguntara:

—¿No te gustaría vivir tranquilo, en tu casita, linda y espaciosa, con su jardincito si te agradara, trabajando como quisieras y del modo que te complaciera. libre como las aves, sano, alegre, dichoso?...

—¡Oh, sí!—de seguro contestaría—Dadme los medios, y ya veréis cómo me las arreglo perfectamente. Pero ¿cómo queréis que se la componga un pobre?...

Abriganos la convicción de que todos darían la misma respuesta; esto es, que á todos les gustaría vivir bien, como corresponde, conforme los medios que nos ofrece la naturaleza y los que con nuestra inteligencia nos podemos proporcionar.

Entonces, ¿cómo siendo esto lo natural y lógico, y queriéndolo todos, no lo hacemos, no poseemos tal venturosa existencia?

Y se contesta:—Faltan los medios, somos pobres...

Pobres, sí, pobres de espíritu... Pero medios... ¿Pues no los conocemos, no los tenemos á mano, no los elaboramos nosotros mismos? ¿No somos nosotros los que sacamos del suelo los elementos para la subsistencia con nuestro trabajo, que levantamos edificios y palacios, formamos parques y jardines, construimos medios de locomoción, ornamentamos todo con nuestras artes y hacemos más fácil la vida con nuestra ciencia?

Luego no son medios lo que falta, ni los desconocemos. Lo que no hay es decidida voluntad á alejar el sufrimiento, en querer hondamente el placer.

Se nos ha metido en la mollera que tanta riqueza de elementos es para unos pocos, y que el inmenso número ha de sacrificarse para esa ínfima minoría privilegiada, que le sobra desvergüenza para el uso y el abuso y le falta toda noción de delicadeza y de gratitud hacia los fautores de su bienestar; y esa monstruosidad la creemos mejor que lo que la naturaleza enseña y nuestras necesidades exigen.

¿Acaso esos pocos afortunados son seres superiores á nosotros, de otra constitución, de méritos especiales? ¿Acaso la naturaleza nos indica esa superioridad y la forzosa servidumbre nuestra?

Todos sabemos que no existe tal diferenciación.

Pues, ¿por qué hacer para otros lo que podemos y debemos hacer para nosotros mismos?

Digámoslo de una vez: porque creemos que se nos domina por la fuerza.

Otra inconcebible estupidez.

¿Una inmensísima mayoría, dominada por una pequeñísima minoría, por la fuerza? ¿Cuándo se ha visto que un grano de arena aplaste una montaña?

Ni la naturaleza, ni la razón, ni la fuerza, se oponen al pleno goce de la vida por todos.

Lo que se opone á ello es nuestra preocupación, nuestra débil voluntad. Somos nosotros mismos los culpables.

Querer es poder, dice una sentencia, muy exacta al caso en cuestión.

Todo se consigue con voluntad y trabajo; somos nosotros los trabajadores; pues con trabajar para nuestras propias necesidades y satisfacciones, está resuelto el problema.

Ello es de una admirable sencillez, comprensible para todo el mundo.

Y no faltará candidez estupenda que exclame:

—¿Y cómo hacer eso?...

—Pues, haciéndolo,—podríamos contestar.

¿Qué más se puede decir?

Ya se sabe que uno puede no ser bastante, y no lo es, para proporcionarse todos los medios para vivir bien; pero todos sabemos que la asociación puede conseguirlos, y que es muy viejo el refrán ó axioma que *la unión hace la fuerza*.

Pues asociémonos, unámonos, federémonos, hagamos la gran liga de los descontentos, de los que *quieren gozar la vida*; y no hay más que poner manos á la obra para lograr tal maravilla.

¿Quién, quiénes, cómo, de qué manera podría impedirsenos la realización de un hecho tan natural, razonable y justo, sin que se atacara el natural derecho de ninguno de nuestros semejantes?

Sería bien sorprendente que el grano de arena destruyera la montaña. El solo intento habría de excitarnos sonora carcajada.

Y ¿hay alguien tan sabiendo que pueda destruir estas verdades, no por lo sencillas menos exactas? ¿De qué recursos podría valerse el embuste para convencernos de que si quisiéramos no podríamos vivir en el mejor de los mundos posibles?

Siendo ello cierto de toda certitud, que á todos se alcanza, ¿qué razón impide que sea un hecho?

Esta sola: que *no queremos todavía*.

Es decir: no queremos un cuerpo sano, una mente activa, una ocupación agradable y un mundo bello en que vivir, según la expresión de los deseos del artista poeta-filósofo William Morris.

«¿Qué es lo que yo necesito y lo que las circunstancias en que vivo, mis relaciones con mis semejantes, pueden darme?»—se preguntaba Morris.

Y se contestaba:

«Ante todo, exijo buena salud; sentir la vida por sí sola como placer, disfrutar por el movimiento de sus miembros y el ejercicio de sus facultades físicas; jugar, por decirlo así, con el sol, con el viento y con la lluvia,

gozar en la satisfacción de los apetitos físicos naturales, sin temor de degradación ni idea de hacer mal; estar bien formado, con los miembros derechos, buena constitución, cara expresiva, ser hermoso, es lo que pido también. Si este deseo no se nos puede satisfacer, seremos unos pobrecitos, después de todo, y pido esto en franca oposición contra aquellas terribles doctrinas de ascetismo que, nacidas de la desesperación de los oprimidos y degradados, se han empleado durante tantos siglos como instrumento para la continuación de esta opresión y degradación.

«Lo segundo que pido es la educación liberal, es decir, facilidad de participar en todos los conocimientos que existen en el mundo, según mi capacidad ó inclinación, y también de tener mi parte de habilidad manual, sea en las manipulaciones industriales, sea en las bellas artes.

«La petición de educación implica también una demanda de abundante tiempo libre para darme gusto y espaciar mi mente, viajando si me diera la gana; y probablemente emplearía mi ocio en hacer mucho de lo que hoy se llama trabajo; pero trabajo razonable.

«La exigencia que tengo con respecto á mi trabajo, es que las fábricas ó talleres han de ser agradables, como son los campos, en que se hace el trabajo más necesario que ningún otro; nuestras horas de trabajo han de ser más bien horas de juego alegre de hombres y mujeres, jóvenes y viejos; entonces habrá llegado la hora del renacimiento del arte; las gentes no podrán dejar de expresar su alegría y placer en su trabajo y desearán expresarlo de una manera tangible y más ó menos duradera; el taller será una escuela de arte á cuyo influjo nadie podría sustraerse.

Sociología

Falsas consecuencias del darwinismo

En la *Revue des deux Mondes*, perteneciente al 1.º de Octubre, publica Alfredo Fouillée unas acertadísimas consideraciones sobre las *Falsas consecuencias morales y sociales del darwinismo*.

Dice Fouillée que, las teorías biológicas del siglo han sido mal interpretadas, y que las falsas aplicaciones que de ellas se han hecho á la política y á la moral, son verdaderas llagas de éstas. Algunos darwinistas han sostenido absurdos y aberraciones de todo orden, llegando varios á proclamar el «asesinato científico»; otros á extender el concepto de una moral bárbara, exaltando la guerra y divinizando la conquista de pueblos inermes por medio de la sangre y del fuego. En el terreno político, esas aberraciones brutales y feroces quieren sustituir

«La palabra arte me conduce á mi última demanda, que es que todo el ambiente material de mi vida sea agradable, generoso y bello; sé que esto es pedir mucho, pero he de decir también que si no puede satisfacerse, si una sociedad civilizada no puede proporcionar tal ambiente á todos sus individuos, no tengo deseo de que el mundo continúe: la existencia del hombre no es más que una calamidad».

¿No queremos esto todos?

¿Se causaría con ello algún daño á nadie?

Aún los que nos oprimen y explotan nos habrían de agradecer tal felicidad, jamás por ellos soñada, á pesar de ser dueños del mundo; porque la vida contra las leyes naturales y el bienestar común, no puede ser sino violenta, y la violencia impide la placidez del goce; como nosotros, condenados á la miseria, al dolor y á la sujeción, no vivimos, arrastramos la existencia, como la cadena del presidiario, invocando á cada momento la muerte para no sufrir más.

Hace mucho que dura esto.

¿No seremos nunca verdaderamente racionales?

Mucho más doloroso nos será continuar en la indolencia aplastadora á que se nos ha acostumbrado tan extrañamente, que tomar la resolución firmísima de *querer gozar la vida*.

¿No nos decidimos? Pues á sufrir y á llorar por nuestras propias culpas.

¿Nos resolvemos al goce y á la libertad?

Pues se realiza nuestro deseo en el momento mismo de la resolución.

Ni más ni menos.

Ahora á escoger.

PELLICO.

la fuerza por el derecho, la competencia por la asociación, el odio por la fraternidad... Todo esto, en nombre del *derecho* del más fuerte...

Felizmente, dice Fouillée, y á pesar de todo su aparato científico, no encuentran estas ideas su justificación en la realidad.

No es verdad, como los nietzscheanos quieren, que en la sociedad la lucha sea más común que la solidaridad. Los lazos de parentesco, ante todo, son los fundamentales en la especie y son anteriores á la lucha entre los individuos. Una madre no devora á su hijo. Un hermano, por regla general, no vive en conflicto con su hermano. Es el amor el propagador de la especie y su sostenedor. La ley más importante de la vida, reconocida por todos, es la compasión hacia los débiles, que

todos los naturalistas reconocen y que Spencer considera como la fuente del amor de madre. Bain afirma que la compasión hacia los débiles, no sólo es inherente al estado gregario, sino que es *esencial* en cada sistema social. El mismo Darwin reconoció esto. Las relaciones, pues, de los hombres se fundamentan sobre la simpatía y no sobre la lucha.

Largo es el artículo de Fouillée, y el espacio no nos alcanzaría para resumirlo, aun

El Estado

Adolfo Posada, uno de los más claros talentos de la intelectualidad española, acaba de traducir la obra *El Estado*, de Woodrow Wilson, el célebre norteamericano conocido ventajosamente por todos aquellos que dedican su atención á los estudios sociológicos.

Una de las condiciones más relevantes de la obra de Wilson es el método usado para la investigación del origen de la entidad Estado. Toma á la historia como una de las bases más sólidas para esa investigación, no despreciando, sin embargo, los diferentes métodos de estudio: el comparativo, el sociológico, el crítico, el especulativo, etc., demostrando con el buen uso que de todos ellos hace, un espíritu ecléctico, lleno de serenidad y de cordura en la elección de los medios de estudio, cualidades éstas algo difíciles de encontrar reunidas en una inteligencia.

Con la historia en la mano y valiéndose

Las enfermedades y sus causas sociales

Como muestra de los amplios horizontes que se va abriendo la sociología, y de cómo el tronco de esa ciencia, ayer informe y desnudo, va lanzando ramas que por todas partes se extienden, hacemos notar la nueva especialización derivada de ella y que, en Francia sobre todo, está tomando amplitud.

Nos referimos á los estudios de las ciencias médicas bajo el punto de vista de la sociología. El célebre doctor Toulouse no hace mucho publicó sus *Etudes sociales*—de los cuales dió un capítulo muy notable esta revista,—en los que no hace más que estudiar las influencias sociales en el desenvolvimiento de las enfermedades y la patología de la psiquis humana influenciada por el medio social.

La colección que la casa Cornely, de París, publica bajo el título general de *Estudios de sociología médica*, y que va tan buenas obras nos ha dado, acaba de enriquecerse con una muy notable del doctor Angelvin, titulada *La neurasthénie*, donde se estudian las causas sociales como determinantes casi exclusivas de esa rara enfermedad que tan-

lo más brevemente posible. Baste decir que todo el trabajo es un tejido de argumentación formidable contra la brutal y feroz ética que los fanáticos de Nietzsche han pretendido sacar de la teórica darwiniana.

En el mismo sentido que Fouillée, pero haciendo de su trabajo—al decir de los que lo han leído—un monumento científico, Kropotkine escribió su *Mutual Aid* (ayuda mutua), recién aparecida en idioma inglés y de la que brevemente daremos un resumen á los lectores de FUTURO.

del método comparativo, toma los principios del Estado y sigue su evolución en todos los países, estudiando con gran acierto la innumerable cantidad de factores que determinaron las modificaciones del Estado desde sus comienzos hasta la actualidad.

Hace notar el autor que, si bien todas las causas que determinaron la evolución del Estado son múltiples (climatológicas, ideales, topográficas, guerreras, económicas, etc.), las grandes etapas de esta evolución no tienen períodos notablemente anormales, siendo, por consiguiente, el desarrollo de la institución estudiada una línea ascendente que, mirada en conjunto, presenta muy pocas ondulaciones y quebraduras.

Creemos que la obra de Woodrow Wilson es una de las más perfectas que se han escrito sobre el asunto. Reconocemos este mérito, sin detenernos á criticar muchas de las ideas contenidas en la obra, y que estamos muy lejos de compartir con el autor.

tos estragos hace. La sabiduría popular tuvo una admirable y genial intuición cuando bautizó á esa enfermedad con el sugestivo y exacto título de *mal del siglo*, que quiere decir, en otros términos: *mal, hijo del estado social de nuestra época*.

El doctor Angelvin, en este libro, no hace más que seguir la corriente que tiende á hacer de la medicina, más que una ciencia de curación, un método científico de profilaxia, de prevención: estudiando las causas de las enfermedades en su más lejano origen y aconsejando los medios de evitarlas.

El autor de *La neurasthénie* ve las causas de la enfermedad que estudia en el exceso de trabajo, en la mala alimentación, en la sífilis—de origen netamente social,—en las penurias económicas, en la terrible lucha actual por la vida, etc. Todo esto causa una inmensa pérdida de fluido nervioso, que desequilibrando el organismo, es causa de esa enfermedad tan pertinaz y terrible.

Se dice generalmente del suicida, del loco, del criminal, que sus delitos ó sus enfermedades son causados por la neurastenia, sin

culpar más que á ella de esos males. Cuando todos sepan que ella es producida por causas sociales y qué espantosos resultados dan esas causas, se encargará cada cual de bus-

car, por su parte, alivio á tanto mal, tratando de armonizar este estado de cosas que hace á la humanidad víctima de todos los azotes!

FELISBELO DE AZEVEDO.

Letras de todas partes

Roma, 15 de Enero de 1904.

Este año fué otro año de desilusiones para los literatos italianos que esperaban que al fin la Academia de Stockolmo, haciendo justicia al más grande de los poetas vivientes, consignara el premio Nobel al gran Giosué Carducci.

Pero no fué así, y nosotros, francamente, nos esperábamos la noticia. El premio fué dado á Mistral, el poeta provenzal, y á Echegaray, el viejo romántico español. En realidad, la honra cayó sobre Caducei, y éste con su indiferencia ante la gloria, debe haber agradecido á la Academia de Stockolmo que, á haberle consignado un premio, pudiera haberlo colocado junto á los premiados de este año, que á su lado son dos pigmeos.

Toda la prensa italiana ha protestado justamente de este odioso é intencionado olvido. No sin razón se dice unánimemente que la Academia de Stockolmo le tiene tirria á los italianos y con especialidad á Carducci, pues de otro modo no podía haber dejado de premiar al vate que, por el consensus universal, ha sido nombrado el más alto lírico contemporáneo.

Pero nosotros no creemos que la Academia mencionada pueda tener ojeriza á nadie. Su proceder ha sido naturalísimo, y como antes he dicho, á nosotros, los que nos hemos formado un exacto criterio de lo que pueden dar las Academias todas, nos pareció lo más normal y lo más justo que una corporación de graves señores que toman á la literatura como cosa de lujo, no tomara en cuenta el talento, y que, en cambio, con una sinceridad que no es de reprochársele, fuera á elegir á quienes con Carducci no pueden compararse, para consagrarlos ante el mundo de los ingenuos y rociarlos con una benéfica lluvia de oro...

El genial anciano, á todo esto, no ha abierto la boca. Ya lo tienen á él curado de espanto estas cosas, y el gran fulgor que irradiaba su inmensa obra, lo separa de las ruindades humanas. Ya ha dicho él que los asuntos de gloria lo tienen indiferente, y cuando alguna corporación le ofrece un homenaje, como hace poco ha pasado, se limita á agradecerle en una lacónica carta, haciendo siempre constar tácitamente que *oramai queste cose lo fastidiano...*

Imaginaos, pues, si lo que hoy hace enojarse tanto á la prensa italiana, puede estremecer con el más leve movimiento al viejo *Enotrio*

Romano. ¡Qué! ¿Se ha de molestar el genio que vive á tanta altura para inclinarse hasta la microscópica Academia de Stockolmo y preocuparse de los insultos que ella pueda lanzarle?...

Pero nosotros, los que con la obra del maestro hemos elevado nuestro espíritu hasta las más altas regiones del Arte, claro es que nos indignemos de la injusticia que ha cometido la Academia de Stockolmo.

¡Premiar á un Echegaray, cuyas obras dramáticas están llenas de falsedades, plagadas de lugares comunes y desprovistas de todo sentimiento estético, y dejar olvidado á un Carducci, cuya lira de oro y de bronce ha llenado el Universo con sus sonos, cuya obra de crítica es uno de los más hermosos y colosales monumentos de la literatura moderna; cuyo talento enciclopédico y cuya fecunda labor en pro de la belleza quedará inmortalmente como un jalón de oro colocado en la senda del pensamiento humano!

Bah, regocijémonos! La imbecilidad y la maldad humana cumplen siempre su obra benéfica, pues nos señalan dónde está lo bueno. Fijaos dónde ellas escupen y levantan los ojos: veréis siempre un grande hombre, un héroe ó un apóstol. Tal ha pasado con Carducci, á quien nosotros—si premio esto pudiera ser—lo premiamos con nuestra admiración hacia él y nuestro intenso amor hacia su obra formidable y luminosa.

En un libro de 1,600 páginas, Sigurd Ibsen, hijo del gran dramaturgo noruego, acaba de darnos el Epistolario de su padre. Si bien en este no figuran las cartas que pudieran revelar las intimidades del genial noruego, y que hubieran sido de tanta utilidad para los psicólogos, están en cambio todas aquellas que nos muestran las ideas político-sociales del gran anciano. Fué desde su viaje á Italia que dejó de ser patriota. Lejos de su tierra ve todos los defectos de ella, y la crítica que le hace es severa, aplastadora. Más que su patria, es el concepto *patria* el que sale mal parado de esa crítica. Las ideas estrechas de los burgueses de su tierra, los egoísmos, las estupideces de sus paisanos, son objeto de sus sátiras despiadadas.

En el 1872 comienzan á desenvolverse bien marcadamente sus ideas individualistas, que más tarde, en *Enemigo del Pueblo*, fueron genialmente expresadas.

Sin embargo, no se detuvieron aquí, como

muchos creen, las ideas sociales de Ibsen. Su inmenso espíritu seguía desde las alturas del genio la marcha del pensamiento social, y en cartas fechadas en estos últimos años, declara que él ha llegado, sin quererlo, al mismo punto en que, por otras sendas, han llegado los moralistas y filósofos del socialismo.

Estaría de más escribir aquí que todo el

El fin del Eterno

I

Cesó de contemplar los astros por el canuto de hojalata que le servía de telescopio; posó sobre mí la mirada turbia y lacrimosa, y, lentamente, trazando lentos surcos en el aire con el índice extendido, con gesto profético y voz pausada, habló así:

—«Yo sé de Dios, de su bien y de su mal! Yo sé de las mentiras celestes que vosotros llamáis salvación, y de las falsas penas con que atormentáis vuestras almas débiles!

Levantáis himnos y salmos armoniosos para que su omnipotencia os proteja, pero á mis oídos esos salmos y esos himnos resuenan convertidos en elegías siniestras, porque sé lo que vosotros ignoráis, porque conozco lo que os es desconocido.

Dios ha muerto, y vuestras oraciones se pierden sin eco, vagan sin respuesta, bajo las irónicas miradas de las estrellas, —nidos de ambiciones como las nuestras, demostración de nuestra pequeñez, negación de pretendidas grandezas y omnipotencias.

¡Dios ha muerto!

Ha muerto ese Dios de blancas barbas y de gesto adusto, vengativo y traidor en unos, adúltero y filicida en otros, inmoral en todos! Ha muerto ese Dios-fiera que prohibía el bien y castigaba el mal, hastiado de su obra, destruyendo lo hecho, aprendiz á pesar su omnisapiencia, no acertando á construir una humanidad á su gusto...

¡Dios ha muerto!

Yo he presenciado sus últimos momentos, yo he visto su agonía; yo le he visto retorcerse en las postreras bascas, herido en lo más profundo de su ser, herido mortalmente por las carcajadas con que los Hombres respondían á los truenos—su voz—y recogían el rayo—su poder—para descansar del Trabajo-Estigma.

Cada carcajada de la nueva humanidad era una puñalada, cada risa una herida, y al fin cayó.

Cayó. No como caen los gigantescos robles centenarios que el rayo troncha en plena vida, en plena lucha, en la silenciosa é inmutable paz de la floresta. Cayó como un tronco carcomido, lentamente, lentamente, tornado en polvo que el viento recogía, esparciéndole arrebatadamente por los campos,

Epistolario está lleno de interés. Digna de gran encomio es la iniciativa del hijo del gran noruego, que al darnos las cartas de su padre ha querido pagar el tributo de su amor filial al que hallándose á las puertas de la muerte, legara á la humanidad la obra dramática más genial de los tiempos modernos.

FRANCESCO DAMONTI.

estiércol corrupto de las ideas muertas, para fecundizar las nuevas que germinan en el surco.

Apenas muerto, la Humanidad alborozó de alegría, y el viento, pasando entre los cañaverales, decía: ¡Dios ha muerto! Y las cañas susurrantes respondían: ¡Alabada sea la muerte! Y los altos árboles, tendiendo ansiosamente las ramas para recibir la buena nueva, gritaban por las mil lenguas de sus hojas: ¡Ha muerto Dios! y ¡Dios ha muerto! gritaban á las nubes las estentóreas voces de las altas copas, y las nubes, haciendo flamear sus banderas irisadas, en el ocaso, decían al Sol: ¡Ha muerto! y el Sol, rojo, apoplético de tanto reír, gritaba por el espacio atronadoramente: ¡Ha muerto el inmortal!... mientras el mar se agitaba en las ansias locas de una danza desconocida y las estrellas brillaban más esplendorosamente, lejos de todo afán, de toda servidumbre...

Y, cerrada la noche, paso ante paso, cautelosa, ojo avizor, llegó la cohorte de los Hombres Negros, de los predicadores de la muerte lenta, envueltos en sus raídos mantos, á envolver con ellos el cuerpo rígido del Incorpóreo.

Y detrás de ellos llegaron, con retintín de espadas y rechinar de cadenas, hombres pintarrajeados de rojo, armados hasta los dientes, amenazadores y terribles.

Y vinieron unos hombres de frentes estrechas, de ojos brillantes de fuego, de manos manchadas de barro, de uñas largas y negras, envueltos en mantos de oro, circundados por una aureola de oro.

Negros, rojos y dorados, rodearon el cuerpo yerto del Eterno. Bajo la luz de la Luna parecían, pequeños y miserables como eran, moscas vomitorias, doradas, rojas y negras, revoloteando sobre el cadáver de un can.

En el espacio la Luna reía en silencio...

Y así zumbaron las moscas, alrededor del cadáver:

II

—¡Zut! ¡zut! Han muerto contigo nuestras ambiciones de poderío, nuestros ensueños de omnipotencia!... Han caído contigo nuestros ideales: ¡La carcajada del solitario ha con-

vertido en polvo al gigante de nuestro poder!

Sin ti, ¿cómo contener el alud de lo que avanza, de lo que llega, cómo contener lo inevitable, sin ti?..

¿Quién podrá adormecer á los hombres con el opio de la imbecilidad y de la renuncia sin ti?

De hoy más todas las puertas están abiertas, francos todos los caminos, sin el cuco del *más allá* para espantar á los hombres-niños.

Roto el puente engañoso hacia otra vida, la felicidad se cifra sobre la tierra y la renuncia es un crimen y la abstinencia un sacrilegio de lesa vida, porque coarta la expansión de ésta. Roto el puente engañoso hacia otra vida, sólo con lo terrestre, definitivo lo transitorio, la ambición es común patrimonio. ¡Todo es de todos! ¡Malhadada sea la muerte!..

Olvidado el odio á la tierra, ésta se une y las manos se extienden y los brazos se enlazan y los matadores por la gloria mueren en un bostezo, como un can hambriento. *Uno* el mundo, desaparecen los espantamoscas y los mataperros, porque el odio se olvida! ¡Malhadada sea la muerte.

Todo de todos, sin odio y sin rencor. Shylock arroja su balanza inservible, y para no morir de hambre debe de empuñar la azada, vestir burdas ropas, y ganarse el mendrugo, sudándolo y padeciéndolo!.. ¡Malhadada sea la muerte!

¡Malhadada la traidora que faltó á la alianza!

¿Cómo vivir sin ti?

Tú espantabas á los niños haciendo que los perros ladraran á la silenciosa luna; tú, figón entrometido, escudriñabas la ropa sucia y, huroneando por la basura, descubrías faltas y pecados que una dádiva perdonaba. Azuzabas á pueblos contra pueblos, bende-

cías ambas huestes y ayudabas al más fuerte. Hacías que el malo triunfara para que al morir nos legara dinero para oraciones!.. ¡Malhadada sea la muerte!

—¡Zut! ¡zut!..

III

Y el viento, el viento sano y fuerte, expelido por el pétreo pulmón de las altas montañas, soplabo fuertemente, esparciendo por los campos el estiércol pulverulento de las muertas ideas, germinal de las nuevas que la tierra fecundaba.

Y las moscas, arrastradas por el vendaval, esparciéronse, errantes, en busca de sombras, de tinieblas, de pantanos sin aire y sin luz, donde reposar, donde agonizar, lejos del aire y del sol.

Y pronto nada quedó de aquel grupo fantástico que se movía bajo la silenciosa risa de la luna, de aquel enjambre de moscas posando sobre el cadáver del can.

Así fué enterrado Dios!»

IV

Calló el Loco, y sin agregar palabra volvió á su extática contemplación astral, á través del canuto de hojalata que le servía de telescopio, sin dignarse mirarme ó dirigirme de nuevo la palabra.

Mas de pronto, al marcharme, le oí murmurar por lo bajo, sin dejar su postura contemplativa:

—«Yo sé del futuro Sol que ha de suceder á las tinieblas! Yo sé de la germinación fecunda de la semilla que hiende el suelo estéril del desierto! Yo sé de lo que será!...»

JUAN MAS Y PI.

(Del libro de próxima publicación, *Cuentos Extraños*).

Bibliografía

Claude chez les curés, por Claude MORAND. edición de *L'Édition mutuelle*, 29 rue du Seine, París.—2 fr. 50.

La política anticlerical del gabinete COMBES, en Francia, es la cuestión que en la actualidad más preocupa á todos los cerebros de ese país. Ese estado de efervescencia religiosa en que se encuentra Francia, ha hecho surgir toda una literatura pro y contra clerical. Novelas, dramas, estudios sociológicos, históricos, críticos, etc., sobre la cuestión, aparecen continuamente y son leídos con avidez por el público. *Claude chez les curés* pertenece á ese género de literatura, pues como su mismo autor lo declara, fué inspirado por las discusiones diarias sobre educación religiosa y laica.

El libro que nos ocupa es una autobiografía, en la que nos cuenta su autor, á grandes pero sugestivos rasgos, sus años de internato entre los curas de Chezal Malin.

La obra no consigue el objeto, que su autor se propone en el prólogo, de dejar en el espíritu del lector una impresión de repugnancia hacia la educación religiosa. Falta en el libro ese espíritu de combate que, sin abandonar la verdad y la imparcialidad, lleva al ánimo del lector el estremecimiento de sus indignaciones. Vale, en cambio, bastante como trabajo de psicólogo y de pintor: hay en ella dos ó

tres tipos de sacerdotes diseñados con mano de maestro. Descripciones, hay varias soberbias.

Si no por otros méritos, los apuntados, que ya son bastantes, alcanzan para dar á la obra de MORAND un alto valor literario.

E. Bianchi.

Conto a vacinação obrigatoria, por TEIXEIRA MENDES. —**A questão da vaccina**, por el doctor BAGUEIRA LEAL.—Edición del *Apostolado positivista do Brazil*, Río Janeiro.

Digna de los más entusiastas aplausos es esta institución brasileña, que mes á mes lanza á la publicidad obras interesantes por los temas de actualidad, tratados siempre con gran competencia científica por sus autores, notabilidades del mundo intelectual brasileño.

Las últimas obras con que la mencionada institución nos favorece, tratan la tan debatida cuestión de la vacunación obligatoria, tiranía odiosa á que muchos gobiernos sujetan á los ciudadanos.

Obligar á un individuo á someterse á la inoculación de un

virus cuyos resultados benéficos hoy son negados por muchas notabilidades científicas, y cuyas consecuencias, una vez inoculado, son, según otros sabios no menos distinguidos, grandemente nocivas y muchas veces mortíferas para el individuo, es, según nuestro pensar, uno de los actos más bárbaros cometidos contra la libertad individual.

Las dos obras que tenemos á la vista son debidas á la pluma de los doctores BAGUEIRA LEAL y TEIXEIRA MENDES, nombres muy conocidos en los círculos científicos y cuya bien adquirida fama nos evita el dedicarles justas palabras de alabanza.

El doctor BAGUEIRA LEAL, en 80 páginas bien nutridas, presenta una serie de datos rigurosamente científicos, tendentes á probar de una manera concluyente, lo criminal que es la inoculación del virus del *cow-pox* (sífilis de las vacas) en el cuerpo humano.

TEIXEIRA MENDES, en dos tomitos de 80 páginas cada uno, escribe una brillantísima y argumentada requisitoria contra la tiranía que implica la *obligatoriedad* de la vacunación.

Conocidísimo, como ya dijimos, es el talento de los dos autores mencionados, para que digamos aquí todo lo bien documentadas y lo hermosamente escritas que están las obras apuntadas. Enviamos nuestro aplauso como intelectuales y como hombres libres, á los dos escritores que, con tanto brillo y valentía, supieron ponerse de pie y provocar, con sus protestas, la revolución armada que, hace apenas dos meses, ensangrentó las calles de Río Janeiro para hacer respetar la sacratísima libertad individual.

E. Bianchi.

El liberalismo clerical. por Ernesto RENÁN, edición del *Centro editorial Presa*, Hospital 115, Barcelona.

Es un tomito de pocas páginas, interesantísimo y de altos conceptos, como todas las obras de RENÁN.

La obra en cuestión, es un bellísimo estudio crítico, hecho desde el punto de vista social y filosófico, y en el que RENÁN ha querido pintar, ligera y prácticamente, á esos eternos defensores del clero y de la Iglesia, con todos sus atentados y sus fetichismos primitivos, sus prácticas arcaicas, sus vicios perniciosos, sus intransigencias y sus tiranías, que empujan sin cesar al pueblo por la pendiente del más degradante fanatismo.

RENÁN, que ve á través de todas las transacciones y las inconsecuencias de la Iglesia en su evolución política, el cálculo y la avaricia, los rencores y las usurpaciones deliberadas del clero, no puede dejar de exclamar con la sonrisa del más escéptico desdén, al observar esta condición de adaptabilidad tan socarronamente encubierta bajo el manto eclesiástico: «¡Cuánto han cambiado los tiempos! ¡De qué buena gana se amoldan las gentes á las circunstancias! ¡Qué pronto se hacen demócratas riéndose en secreto de la democracia!»

Las imputaciones de RENÁN son bien fundadas y concretas: ¿Puede ser serio ese liberalismo católico que ha inventado la Iglesia?

Consultar los antecedentes es para ésta una regla obligatoria. ¿Se puede saber entonces si tales principios son antiguos en ella?

«Si la Iglesia no puede apartarse de su pasado—puesto que para ella, renegar de uno de sus actos es destruirse—mal puede hacerse liberal—objeta muy bien el autor;—y haciéndolo, ¿no se expone á un soberano mentís?»

«Es tan fácil comprobar hasta qué extremo son infieles á su divisa los ortodoxos, que no pudiendo ellos mismos sustraerse á las sucesivas modificaciones traídas por el tiempo, niegan, por ejemplo, la influencia motriz de la evolución y defienden á capa y espada lo que ninguna escuela filosófica concibe: la inmovilidad absoluta.

Preiende la ortodoxia haber sido hecha de un solo golpe y de

una sola pieza; no existe, pues, para ella, la acción del progreso. Y mientras la filosofía es siempre contemporánea de la humanidad, la religión vive siempre en su primer día; es decir, que ésta permanece inalterable mientras la humanidad avanza sin cesar.

Siendo el pasado la infranqueable ley de la Iglesia, ella no puede jamás adoptar las ideas modernas de que hoy vive la sociedad, ni tiene derecho á hablar de *libertad* ni de *liberalismo*, sin caer en flagrante contradicción con la esencia de sus principios; sin ser, en una palabra, hipócrita y hereje.

J. R. Barcos.

Las sonatas modernistas. por Gastón A. NIN.—Edición de *La Anticuaria*, Montevideo.

Y he aquí que, en medio de la imbécil algarabía que, en el Uruguay, arman cuatro ó cinco payasos literarios que se han adueñado de un público tan imbécil como ellos, cae el libro de NIN como una armónica y delicada nota, destinada—triste pero dolorosa realidad!—á no ser escuchada más que por aquellos que, separados del «mundanal ruido» siguen los escondidos senderos del verdadero arte, gustando á solas los supremos deleites que la belleza,—no la belleza de opereta de que gustan los *otros*,—nos brinda.

Quando se quiere hablar de un libro que nos ha hecho pasar momentos inolvidables: de uno de esos libros, cuya sola presencia en nuestra mesa de trabajo nos consueña de nuevas amarguras, haciéndonos sentir la presencia de *otro*, que en algún lugar del mundo siente, piensa y quiere idénticamente á nosotros; de *otro* cuya existencia real nos hace pensar que no vivimos solos, abandonados, se siente la necesidad de demostrar, ante todo, el cariño que nos inspira el hombre que, aun no conociéndolo, nos ha llamado tácitamente *hermano* á través de las hojas de un libro. Y esto pasa sólo cuando el libro merece llamarse tal. Para eso se ha dicho, hablando de la verdadera obra literaria: *Un libro es un hombre*.

Y es verdad, un libro es un hombre. La compañía de los libros favoritos nos es más agradable que un corro de gentes, á las cuales por el solo hecho de conocerlas, un hipócrita convencionalismo social nos obliga á llamar amigos. El dulce Fray Luis, casto é ingenuo como una «pura fontana», nos lo decía ya, en su divina estrofa, que le bastaba para su sosiego un amigo y un buen libro.

Sonatas modernistas de Gastón A. NIN, es uno de esos libros. Una vez leído nos ha dejado en el espíritu una vivísima sensación de simpatía por el que lo ha escrito, pues hemos hallado en él el *hombre*, un hombre sencillo, ingenuo, con todas las sensibilidades delicadas de un alma superior, unas veces tímido, otras veces entusiasta, ora sobresaltado por un inmenso apasionamiento de belleza, otras veces subyugado de tristeza por el insaciado ardor de lo desconocido, pero siempre bueno, sencillo, ingenuo...

Una cultura artística bien orientada, un cerebro equilibrado de pensador, una rara potencialidad de observador y de crítico, han elaborado la obra de que hablamos. Si espacio tuviéramos, reproduciríamos aquí mucho de aquello que nos ha cautivado más en *Sonatas modernistas*. Esta odiosa *tiranía de espacio*, que de tan tirana se ha hecho ya lugar común entre los literatos, nos obliga á dejar en casa todo aquello que en lo del libro quisiéramos haber dicho. ¿Qué alabanza mejor, sin embargo, y que todo lo mucho que escribir pudiéramos sintetiza, que decir aquí que hemos gustado, sentido y amado tanto la obrita de NIN, que todo lo que en ella está escrito, nos parecía escrito por nosotros, tal era la sinceridad, la verdad y la belleza con que estaban expresadas ideas semejantes á las nuestras. Quizás también fuera por aquello que dijo HORACIO, de que cuando se lee un bello libro, creemos, tal nos subyuga su hermosura, que nosotros también habríamos dicho todo aquello...

E. Bianchi.

FUTURO

ESTUDIOS CIENTÍFICOS, SOCIOLÓGICOS Y CRÍTICOS,
CUENTOS, POESÍAS, TRADUCCIONES
CORRESPONDENCIA,
BIBLIOGRAFÍA, ACTUALIDADES, etc.

Aparece mensualmente un fascículo en 8.º, conteniendo cuando menos 10 páginas de texto

★ ★ ★

Todo cuanto publica es inédito ó traducido
especialmente

Director: EDMUNDO BIANCHI

Oficinas:

Calle Cámaras, 227

MONTEVIDEO.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Uruguay.	{ Un año	\$ 1.00 oro
	{ Un semestre	» 0.50 —
	{ Número suelto	» 0.10 —
Argentina.	{ Un año	\$ 2.00 m/a.
	{ Un semestre	» 1.00 —
	{ Número suelto	» 0.20 —

Se remite un número de muestra previo el recibo de cinco centésimos en sellos de correo.

Agente general en la Argentina:

JOSÉ ACQUISTAPACE, Calle San Juan núm. 1716

BUENOS AIRES.